Noticias de América en la *Silva palentina* del Arcediano del Alcor

La *Silva palentina* del Arcediano del Alcor ha sido definida en atención a su contenido como «miscelánea de temas históricos»[1] y, en efecto, en ella Alonso Fernández de Madrid ordena cronológicamente multitud de los más variados sucesos de la historia española y europea ocurridos desde el siglo XII hasta el XVI, momento en que vive Fernández de Madrid. No podía pasar desapercibido a un observador atento de la historia y amante de las noticias curiosas y memorables como el Arcediano el hecho crucial del descubrimiento de América. Como veremos a continuación, puntualmente en la *Silva palentina* se referirán las noticias americanas que llegaban a conocimiento de Alonso Fernández de Madrid y que parecen centrarse especialmente en tres hechos concretos: descubrimiento y evangelización; conquista de México por Hernán Cortés y conquista y explotación de Perú con la rebelión de Gonzalo Pizarro.

Un primer bloque de noticias americanas se encuentra en la miscelánea del Arcediano del Alcor al comentarse los hechos notables del año 1492. Ahí se dice de Cristóbal Colón que era genovés y «muy sabio en las cosas naturales y cosmografía y astrología»[2], aspectos estos últimos que concuerdan con la realidad, pues se sabe que el almirante «dominaba las prácticas habituales tanto entre los marinos del Mediterráneo como entre los del Atlántico y tenía noticia de las recientes técnicas de carácter astronómico»[3]. No está el Arcediano tan bien informado al indicar que zarpó de Palos de Moguer «en fin de agosto» (pág. 350) y con una tripulación de «hasta 120 hombres» (pág. 350), pues la salida fue el 3 de agosto y se embarcaron

[1] *Francisco Márquez Villanueva,* Fuentes literarias cervantinas *(Madrid, Gredos, 1973), pág. 114.*

[2] *Alonso Fernández de Madrid,* Silva palentina, *ed. de Jesús San Martín Payo (Palencia, Diputación, 1976), pág. 350; a partir de ahora las citas de la* Silva palentina *se toman de esta edición. Sobre lo americano en la* Silva, *Juan Pérez de Tudela y Bueso ha dicho: «El interés del Arcediano se extiende, naturalmente, a la materia indiana, siquiera superficialmente» en: «El obispo de Palencia fray Diego de Deza y el descubrimiento del Nuevo Mundo»,* Actas del I Congreso de Historia de Palencia, *IV (Palencia, Diputación, 1987), pág. 491.*

[3] *José María López Piñero,* Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII *(Barcelona, Labor, 1979), pág. 198. Colón, además de dibujar*

«unos noventa hombres, de los que se conoce nominalmente a ochenta y siete»[4]. Se anota que Colón, a la primera isla descubierta, puso por nombre «la Española, y en ella edificó la ciudad que llaman Isabela» (pág. 351); tal como se expresa el Arcediano, puede entenderse que Colón fundó la primera población del Nuevo Mundo en su primer viaje, cuando en realidad fue en su segunda expedición en 1493; en todo caso, es consciente el canónigo palentino de que el almirante realizó varios viajes a las Indias; no otra cosa significa la expresión «en diversas veces» aplicada a la conquista de aquellos territorios. De Colón también se anota que, por sus descubrimientos, los Reyes Católicos «le hicieron perpetuo almirante de las Indias con mucha honra y renta» (pág. 351), lo que, en efecto, se llevó a cabo el 28 de mayo de 1493 tal como había sido acordado por Colón con los Reyes en las capitulaciones de Santa Fe[5].

Cierto interés tiene ver cómo se refiere el Arcediano por primera vez a los territorios encontrados: «finalmente descubrió aquellas ricas islas que llaman Indias vulgarmente» (pág. 351); importa aquí la calificación de «ricas» que debe relacionarse con lo que en el mismo párrafo dice el Arcediano referido a islas como La Española y la de Cuba, en las cuales «se hallaron grandes mineros de oro y plata y perlas» (pág. 351); así pues, Fernández de Madrid, que empezó a escribir la *Silva* hacia 1536, tiene clara conciencia de la riqueza del oro de América

del cual para 1520 ya se habían enviado a España desde las Indias Occidentales más de 30 toneladas, en su mayor parte conseguidas en los arroyos de las montañas de La Española[6].

Se concluye este apartado inicial relativo a las primeras islas descubiertas en las Indias con una enumeración de carácter positivo de los minerales y frutos diversos que allí se encontraban: además de oro, plata y perlas se indica que hay «plantas y hierbas nunca vistas y de gran virtud» (pág. 351), se menciona al Guayacán al que se califica de «gran remedio» (pág. 351) pues con su sustancia se curaba la sífilis, y también se anota que «se halló otro árbol que llaman el palo santo, que para muchas enfermedades es provechoso» (pág. 351). Ofrece así el Arcediano, en este primer apartado, una imagen casi paradisíaca del Nuevo Mundo descubierto y, en este sentido, no hay que olvidar que tras las primeras informaciones de Colón abundaron «las alusiones sobre el paraíso y la Edad de Oro»[7], además de que existió en un primer momento entre los europeos una tendencia «casi irresistible a contemplar las tierras recién descubiertas bajo el prisma de las islas encantadas de la fantasía medieval»[8]; por lo tanto, el canónigo palentino, con sus palabras sobre América, se estaría situando dentro de la corriente general de mitificación del Nuevo Mundo.

varias cartas de los territorios que había descubierto, llegó a predecir un eclipse de luna en Jamaica, cfr. ibíd., pág. cit.

[4] *Tarsicio de Azcona,* Isabel la Católica *(Madrid, BAC, 1964), pág. 679.*

[5] *Cfr.* ibíd., *pág. 676 y ss. Anota el Arcediano que a las nuevas islas, Colón «con buena manera que para ello tuvo, las sometió al señorío de los reyes de España» (pág. 351).*

[6] *Henry Kamen,* Una sociedad conflictiva: España, 1469-1714 *(Madrid, Alianza, 1983), pág. 102.*

[7] *J.H. Elliott,* El Viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650) *(Madrid, Alianza, 1984, 2.ª ed.), pág. 39.*

[8] Ibíd., *pág. 37.*

En un segundo apartado anota el Arcediano la serie de nombres de los primeros obispos enviados a las Indias y de los primeros conquistadores y pasa luego a hablar con cierto detenimiento de Hernán Cortés. Se anota que el superior de Cortés, el gobernador Diego Velázquez, le mandó explorar la costa mexicana y cómo el capitán tomó «la gran ciudad de Timistán» (pág. 352), en evidente alusión a Tenochtitlán, conquistada en 1519. Indica el Arcediano que a partir de ese momento Cortés «se hizo tan poderoso y tan gran señor en aquellas partes, que los indios no podían creer que había otro emperador superior de aquél» (pág. 352). Interesa esta puntualización pues hace pensar que el canónigo palentino conocía las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés y más concretamente la «Segunda Relación» en la cual aparece Moctezuma diciendo a Cortés estas palabras:

> E por tanto vos sed cierto que os obedeceremos y ternemos por señor en lugar de ese gran señor que decís...; é bien podéis en toda la tierra, digo en la que yo en mi señorío poseo, mandar a vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho[9].

Por lo que se refiere a las vicisitudes de la relación entre Cortés y el emperador Carlos V, sabe el Arcediano que al capitán se le tomó «residencia» de sus cargos, investigación que fue hecha para examinar «toda su gestión financiera y política»[10] y asimismo conoce su venida a España en 1528 «con el fin de defender su causa ante el emperador»[11]; además se anotan los detalles más llamativos de la vida del conquistador: su gran riqueza; su emparentamiento con la aristocracia y el título obtenido de marqués del Valle de Oaxaca, distinción que le fue otorgada en 1529 y que supuso «la concesión de un enorme territorio en México que comprendía más de veinte pueblos grandes y aldeas y más de 23.000 vasallos indios»[12].

El tercer apartado de este primer bloque de noticias de las Indias se inicia con la alusión al descubrimiento por los hermanos Pizarro en el año 1533 de «otra muy rica isla que llaman el Perú» (pág. 352). Todo el espacio que aquí se dedica a la nueva tierra conquistada se ocupa en hablar de sus riquezas con un tono de total admiración: «cuentan cosas increíbles de la riqueza de plata y oro y pedrería que allí se halla» (pág. 352); más abajo prosigue Fernández de Madrid indicando que en la Casa de Contratación de Sevilla se ingresó tal cantidad de tesoros «que porque no lo vi no lo oso afirmar, mas dicen que fue inestimable» (pág. 353); estas expresiones delatarían que al Arcediano le ocurre lo mismo que a la mayoría de los cronistas de Indias, que se encontraron ante un mundo nuevo y diferente y por lo tanto difícil de describir[13]; se continúa anotando la llegada a Sevilla, en momentos diferentes, de dos barcos repletos de mercancías preciosas procedentes de Perú, y concluye el Arcediano:

> En fin, no podemos negar que desde el año 1492, en que el almirante Cristóbal Colón comenzó a descubrir estas Indias hasta agora, no hayan entrado en España

[9] *Cito por Víctor Frankl, «Imperio particular e imperio universal en las* Cartas de relación *de Hernán Cortés»*, Cuadernos Hispanoamericanos, *n.º 165 (1963), pág. 448; indica Frankl aquí que todo el relato de Cortés «no entraña ni un grano de verdad objetiva» (pág. 444), atendiendo en todo momento los escritos del capitán a sus propios intereses.*

[10] *Víctor Frankl,* art. cit., *pág. 480.*

[11] Ibíd., *pág. 480; es claro que el Arcediano escribe, cuando habla de Cortés, en años anteriores a 1540, fecha en la que el capitán realiza un segundo viaje a España que Fernández de Madrid no anota.*

[12] *Henry Kamen,* op. cit., *pág. 164; sobre el emparentamiento con la aristocracia de Cortés y de sus hijos cfr. J.H. Elliott,* La España imperial 1469-1716 *(Barcelona, Vicens-Vives, 1984, 9.ª ed.), pág. 63.*

[13] *Comentando esto, indica J.H. Elliott: «Pero, ¿cómo comunicar este hecho diferencial, la particularidad de América, a aquellos que no lo habían visto? El problema de la descripción condujo a los escritores y cronistas a la desesperación»* (El Viejo Mundo, *pág. 35).*

para los reyes y personas particulares innumerables quantías de oro y plata y perlas y otras joyas de mucho valor (pág. 353).

Con lo cual se tiene conciencia no sólo de lo ingente del tesoro americano[14], sino también del hecho menos conocido de que dicha riqueza iba a engrosar no sólo las arcas de la Corona sino también las gavetas de los particulares, hasta el punto de que se ha calculado que, en el siglo XVI, de un promedio anual de ingresos de Indias de diez millones de ducados, tres quedaban en manos de particulares[15]; así pues, es claro que, en este punto, el Arcediano del Alcor se encontraba notablemente bien informado.

Continúa este tercer apartado con la mención de distintos virreyes de Indias y del obispo de Cartagena fray Tomás de Toro. Se aconseja luego, para tener una idea más cabal de las nuevas tierras y de su conquista, la lectura de libros como la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, impreso el año 1526; las *Décadas de Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería, de 1516; la *Geografía* de Andino y un libro publicado por Francisco López de Gómara en 1552 que sin duda es la *Historia General de las Indias*, impresa en ese año y dedicada al emperador Carlos V.

Se concluye este tercer apartado con unas observaciones a propósito de la evangelización y de los indios. Comienza Fernández de Madrid indicando que por la evangelización «se deben dar muchas gracias a Nuestro Señor, y grandes loores a los Reyes Católicos que lo comenzaron y al emperador don Carlos que lo continuó» (pág. 353), con lo cual se estaría exponiendo el punto de vista providencialista de un destino fijado por Dios a España y seguido fielmente por sus reyes; aspecto éste que será expresado con mucho mayor detenimiento por el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo[16]. Por lo que se refiere a los indios, es preciso indicar que, ya antes de hablar de Hernán Cortés, anotó el Arcediano que los frailes llegados a las Indias «predicando nuestra Santa Fe católica convirtieron infinitos de aquellos indios, que eran gentiles y adoraban al demonio» (pág. 351)[17]. Con esta observación parece claro que de entre las dos actitudes que se dieron frente al problema de los indios (a favor y en contra de ellos) el Arcediano adopta la segunda. Esto se ve más claro en las líneas finales que en este bloque de noticias americanas se dedican a hablar de la clase de vida y costumbres de los indígenas; señala el Arcediano que lo más importante de la conquista de las Indias

es que para la religión christiana muchos millares de hombres bárbaros se baptizaron y cada día se baptizan por donde cesaron los vicios abominables que tenían, quales eran idolatría y continua comunicación con el diablo; sodomía, pecado nefandíssimo; sacrificios a sus dioses con sangre humana, tanto que acaescía para sólo esto degollar en un día mill niños y esclavos, cuya carne comían; cesó también la muchedumbre

[14] *Sobre las remesas de oro y plata de las Indias cfr. Manuel Tuñón de Lara, dir.* Historia de España, *tomo V* La frustración de un imperio *(Barcelona, Labor, 1984), págs. 70 y ss.*

[15] *Cfr. J.H. Elliott,* El Viejo Mundo, *pág. 84; opina Elliott que, probablemente, los particulares usaban este metal precioso «para fabricar objetos de fina artesanía para mayor gloria del hombre y de Dios» (pág. 84).*

[16] Vid. *Josefina Zoraida Vázquez, «El indio americano y su circunstancia en la obra de Fernández de Oviedo»,* Revista de Indias, *n.º 69-70 (1957), págs. 506 y ss. Cfr. también Francisco Morales Padrón, «Los grandes cronistas de Indias»,* Estudios Americanos, *vol. XIV, n.º 73-74 (1957), en especial págs. 92-97.*

[17] *Nótese que aquí el Arcediano se fija sólo en el aspecto religioso de los indios: eran «gentiles» es decir, no cristianos. El Papa Alejandro VI en 1493 promulgó la bula* Inter caetera *por la que se concedía a la corona española el derecho exclusivo de la evangelización de las nuevas tierras.*

de mugeres que cada uno a su voluntad tenía, y assí mesmo los bayles, embriaguezes y otras torpezas diabólicas que ante sus dioses hacían en los templos (pág. 354).

Para comentar este largo y enjundioso párrafo será preciso comenzar indicando que, en la Europa del Renacimiento, se solía realizar una clasificación dual del género humano atendiendo a la herencia religiosa de un pueblo y a su grado de civilización; es lo que parece hacer el Arcediano cuando califica a los indios de «gentiles» en oposición a los cristianos y cuando, por lo que se refiere al grado de civilización, Fernández de Madrid denomina a los indígenas «hombres bárbaros» utilizando así, como se hacía en aquellos años, «la distinción entre griegos y bárbaros que figuraba en la literatura clásica; y el bárbaro, además de pagano, era también grosero e inculto»[18]. De este modo, es claro que el Arcediano está lejos de creer que el indio es un ser «inocente», consideración habitual entre cierto número de misioneros españoles[19] y, muy al contrario, lo juzga entregado a «vicios abominables» que se apresura a enumerar. El primero es la idolatría y trato con el diablo, aspectos sobre los que llamó la atención Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias* donde indica que los indios adoran al demonio mediante «idolatrías e ceremonias e supersticiones y malas costumbres, con que el común enemigo del linage humano goza de sus ánimas»[20]. Anota luego el Arcediano que se da entre los indios la sodomía, sobre la cual también se había expresado Fernández de Oviedo[21]; los sacrificios humanos seguidos de antropofagia son los aspectos que se subrayan a continuación, y que merecieron la censura del cronista Oviedo, quien opina que esos hechos no se realizan «por su devoción e reverencia, sino por su maldad e golosina, porque les sabe muy bien la carne humana»[22]. Para finalizar, recuerda el Arcediano como otro rasgo característico de los indios, la poligamia y las ceremonias religiosas, califi-

[18] *J.H. Elliott,* El Viejo Mundo, *pág. 56. Nótese, de paso, la contradicción en que cae el Arcediano al calificar de «bárbaros» a los indios, pues antes ha indicado que en tierra firme había «muchas y grandes ciudades» (pág. 352); no parece adecuado llamar bárbaros a quienes son capaces de construir ciudades; en este sentido, el padre Las Casas puso el ejemplo de la arquitectura mexicana para apoyar su idea de que los indios eran civilizados, cfr. J.H. Elliott,* El Viejo Mundo, *pág. 60.*

[19] *A propósito de la línea de pensamiento utópico del siglo XVI que tendía a considerar al indio como un «buen salvaje» y a ensalzar las virtudes de las sociedades primitivas, de las cuales surgiría una nueva y mejor cristiandad y cuyos más notables representantes fueron no sólo el padre Las Casas, sino también fray Toribio Motolinía, o fray Jerónimo de Mendieta, cfr. José Antonio Maravall, «La utopía político-religiosa de los franciscanos en Nueva España»,* Estudios Americanos, *I (1949), págs. 199-227, y del mismo autor* Antiguos y modernos *(Madrid, Alianza, 1986), págs. 431-453; así como J.H. Elliott,* El Viejo Mundo, *capítulos I y II.*

[20] *Cito por Josefina Zoraida Vázquez,* art. cit., *pág. 496; la atención que Oviedo presta a los indios ha hecho que se le haya considerado etnógrafo, vid. Manuel Ballesteros Gaibrois, «Fernández de Oviedo, etnólogo»,* Revista de Indias, *n.º 69-70 (1957), págs. 445-467.*

[21] *Cfr.* ibíd., *págs. 500-502; a propósito de la opinión que a Oviedo le merecen los indios opina Zoraida Vázquez que sus juicios son exagerados porque para él «significaban un enemigo, un infiel y un causante constante de desdichas para los conquistadores españoles» (pág. 502).*

[22] Ibíd., *pág. 501.*

cadas de «torpezas diabólicas», con lo que se vuelve a insistir en la veneración al Demonio, cuestión que, como ya quedó dicho, preocupó a Fernández de Oviedo[23]. Para concluir, parece preciso indicar una diferencia entre el cronista madrileño y el Arcediano; Oviedo en su relato hace distinciones entre diversas culturas indias y reconoce, por ejemplo, que en Bogotá, Quito y Perú los indios cuentan con buena justicia, no son antropófagos y han tenido algún rey que prohibió los sacrificios humanos[24]; el Arcediano, sin embargo, generaliza y no distingue diferencias entre unos u otros indios.

Tras este primer bloque de noticias americanas insertadas para ilustrar la novedad del descubrimiento del Nuevo Mundo se irán sucediendo con no mucha frecuencia otras informaciones provenientes de las Indias o relacionadas con ellas. Es lo que ocurre cuando, comentando los sucesos del año 1494, dedica el Arcediano un apartado a hablar del mal de las bubas, es decir, de la sífilis. Tras indicar los efectos de la enfermedad y las razones de su transmisión, se señala su posible origen: «Dicen que tuvo principio en Francia» (pág. 357); en este sentido, hay que indicar que el Arcediano tiene noticia de las diversas opiniones que había sobre la procedencia de la nueva enfermedad y se diría que conoce el libro del médico Ruy Díaz de Isla, *Tratado contra el mal serpentino*, publicado en 1539, en el que se defiende «el origen americano de la infección»[25], pues el canónigo palentino, tras indicar que la sífilis se curaba con un fruto americano, señala que, por este motivo, «parece que tienen alguna razón los que dicen y escriben que este mal vino de las Indias» (pág. 357). Es interesante aquí el modo de razonar del Arcediano que considera plausible la idea de que la sífilis la trajeron los indios que vinieron con Colón «pues la medicina tan apropiada para ello estaba en las propias Indias» (pág. 357)[26].

La siguiente noticia americana que se encuentra en la *Silva palentina* aparece registrada entre los hechos notables del año 1533: se vuelve a recordar, un tanto de pasada, el descubrimiento de Perú por el capitán Gonzalo Pizarro, y su desembarco en Sevilla cargado de «grandísima suma de oro y plata y perlas» (pág. 462)[27].

De mayor enjundia es lo que se cuenta en un documento que no duda el Arcediano en transcribir íntegro en su miscelánea. Se trata de una carta dirigida al Consejo de Indias y procedente «de las yslas nuevamente alladas en el Mar del Sur» (pág. 540), concretamente de la peruana Ciudad de los Reyes, es decir, la futura Lima; la epístola fue escrita por un emisario anónimo el 25 de junio de 1541. Toda la carta no es sino un encendido encomio de la tierra del Perú, cuya característica más acusada sería la abundancia con que se daban sus productos. En efecto, ya al principio se dice de aquel territorio que «es muy abundante de todos los mantenimientos que son

[23] *Cfr.* ibíd., *en especial págs. 496-499; es significativo que Oviedo concluya hablando de los indios recriminando sus «costumbres diabólicas»* (ibíd., *pág. 502) y que el Arcediano haga lo mismo con la expresión «torpezas diabólicas». En otro sentido, es notable la diferencia que existe entre la poligamia a la que alude el Arcediano y lo que escribía Francisco de Vitoria hacia 1530, quien manifiesta que los indios tienen «matrimonios bien definidos» (cito por J.H. Elliott,* El Viejo Mundo, *pág. 60). Oviedo atribuye la poligamia, sobre todo, a los reyes y caciques; cfr. Manuel Ballesteros Gaibrois,* art. cit., *pág. 500.*

[24] *Cfr. Josefina Zoraida Vázquez,* art. cit., *pág. 500.*

[25] *José María López Piñero,* op. cit., *pág. 354.*

[26] *A propósito de la sífilis y de su remedio indica J.H. Elliott: «Era especialmente reconfortante que el Nuevo Mundo, que había infligido a Europa la terrible enfermedad de la sífilis, facilitase también su remedio con el* lignum vitae» (El Viejo Mundo, *pág. 45).*

[27] *Una cierta relación con las Indias tiene la noticia de que al obispo palentino Antonio de Rojas se le nombró «Patriarca de las Indias e islas del mar Océano» (pág. 427); del mismo modo, hay que anotar en la* Silva *la presencia de, al menos, un posible americanismo cuando al detallarse el ajuar del obispo Luis Cabeza de Vaca se mencionan unos «chirotecas o guantes» (pág. 560 y también pág. 565).*

necesarios para pasar la vida» (pág. 541). De la agricultura peruana se destaca el cultivo del maíz, el cual «cóxesse en tal abundancia que podía bastecerse dello otras dos partes de la tierra tan grandes como esta» (pág. 541). Se señala que con el maíz se hace pan y chicha «que es un brebaxe en lugar de vino» (pág. 541)[28]; además se anota la elaboración por los indios de «muy buen vinagre e aceite y miel, que es cossa que si no se ve no se puede creer» (pág. 541), con lo cual tenemos, de nuevo, otro ejemplo de la dificultad de describir correctamente un mundo nuevo y distinto. Siguiendo en el terreno de la agricultura anota el anónimo informador la siembra en América de trigo importado de Castilla el cual, dice, «dasse tan abundossamente que de una anega sse a visto coxer CXX» (pág. 541)[29]. Un espacio de la carta se dedica a la zoología; para dar una idea exacta del aspecto de las especies desconocidas en Europa se recurrirá a la comparación con animales del Viejo Mundo; véase lo que se dice a propósito de las llamas y las vicuñas: «ay obejas e carneros que son tan grandes como el ganado de allá y son de forma y proporción de camellos» (pág. 541); de manera muy semejante, el cronista Fernández de Oviedo hablando de las «ovejas del Perú» había escrito que «en pies e manos e todo lo demás muy semejantes son a los camellos»[30]; el anónimo escritor de la carta sigue haciendo comparaciones cuando habla del uso que los indios hacen de estos animales: «dellos se sirven cargándolos, como en España (se sirven) de machos y otras vestias» (pág. 541). Para dar una idea aproximada de la enorme cantidad de animales que se crían en América se utilizarán tonos hiperbólicos: «Ay gallinas de la nación de las de allá y son tantas que quitan el sol» (pág. 541); en este sentido se insiste diciendo que «ay muchos benados y otros géneros de caça y aves en mucha abundancia» (pág. 541). El elogio de la tierra peruana es tan grande que en algún momento se tiene la impresión de que se trata de un lugar paradisíaco: «jamás en estas tierras se a visto hanbre, ni pestilencia, ni el comer cuesta

[28] *Hablando de los usos que se daban al maíz, indica Bartolomé Bennassar que, una vez fermentado «produce un alcohol, una especie de cerveza, la* chicha», La América española y la América portuguesa. Siglos XVI y XVII *(Madrid, Akal, 1980), pág. 16.*

[29] *Uno de los aspectos de América que más llamó la atención de los europeos fue precisamente el de su abundancia y fertilidad, aludidas ya en los más tempranos escritos de Cristóbal Colón y Américo Vespucio (cfr. J.H. Elliott,* El Viejo Mundo, *pág. 39). A propósito del éxito que tuvo la siembra en América de trigo se ha dicho que, a finales del siglo XVI, «era la planta más cultivada del Nuevo Mundo» (Henry Kamen,* op. cit., *pág. 163). En fin, por lo que parece, el anónimo escritor era consciente de que, como ha indicado José Muñoz Pérez, «el hablar de animales, de plantas y de* temples *nuevos era seguido con curiosidad por el público lector», en «Literatura y ciencia en el siglo XVI español. Los historiadores primitivos de Indias y el pensamiento geográfico»,* Estudios sobre literatura y arte dedicados al profesor Emilio Orozco Díaz, *II (Granada, 1979), pág. 500.*

[30] *Cito por Enrique Álvarez López, «La historia natural en Fernández de Oviedo»,* Revista de Indias, *n.º 69-70 (1957), pág. 561. Sobre el uso de la comparación en las descripciones* vid. *J.H. Elliott,* El Viejo Mundo, *págs. 31-35; ahí se indica que cuando Cortés describe los templos aztecas los comparará con mezquitas y a la plaza del mercado de Tecnochtitlán la comparará con la de Salamanca.*

un solo maravedí» (pág. 541); noticias como ésta han permitido que se pueda decir que, en aquel momento, para los europeos «la Arcadia y el Edén podían localizarse en las lejanas orillas del Atlántico»[31]. Hablándose de Perú no podía faltar una alusión a la riqueza de metales preciosos, que irá acompañada de una nueva hipérbole encomiástica de aquel territorio. y de una queja de orden social:

> Lo principal que en ninguna parte se dan a buscar minas de oro y plata, que no sse allen muy ricas, ansí que en verdad esta tierra es la mejor que ay en el mundo, ssino que las passiones de los gobernadores della la tienen destruida, y a toda la gente que en ella reside (pág. 541).

Es significativo que sea ahora, al hablar de «lo principal», cuando se aproveche para referirse, con espíritu crítico, a la conflictiva situación política de la provincia del Perú, situación que no se apaciguaría hasta el año 1548 con la muerte de Gonzalo Pizarro; nótese, además, que la carta se fechó el 25 de junio de 1541 en la Ciudad de los Reyes y que fue justamente el día siguiente, el 26 de junio de 1541, cuando Francisco Pizarro moría asesinado en la propia Ciudad de los Reyes. Así pues, puede deducirse que para el autor de tan interesante carta el único punto negro en las tierras peruanas lo constituye la desafortunada presencia de malos gobernantes españoles[32].

Precisamente con este asunto está relacionada la siguiente noticia de las Indias que se encuentra en la *Silva palentina.* Escribiendo los sucesos del año 1548 se anota la muerte de Gonzalo Pizarro en Perú; señala el Arcediano las consecuencias económicas que a Carlos V supuso el fin de Pizarro: «tiénese por cierto que heredó Su Majestad más de un millón de oro de rrenta por su muerte» (pág. 555). Interesa aquí observar que al capitán se le califique de «traidor» y de «tirano»; teniendo en cuenta que lo que se dice de Pizarro es que, con respecto al emperador Carlos V, «se le avía rebelado y le tenía usurpada aquella tierra» (pág. 555), parece claro que el concepto de «tirano» que aquí manifiesta Fernández de Madrid, no es el formulado en la *Política* de Aristóteles como gobernador injusto y arbitrario, sino el concepto específicamente agustiniano, expuesto en *La ciudad de Dios,* «en el sentido de una rebelión contra el orden legítimo y el señor legítimo»[33].

Pero todo este suceso de la sublevación de Pizarro encontrará más amplio lugar cuando el Arcediano se refiera a la promoción al obispado de Palencia, en el año 1551, de Pedro Lagasca[34]. Aprovecha el canónigo palentino este hecho para hacer una detallada semblanza biográfica de quien fuera llamado «el pacificador del Perú». Será precisamente la etapa americana del obispo Lagasca la que ocupe la mayor parte del espacio que el

[31] *J.H. Elliott,* El Viejo Mundo, *pág.* 39.

[32] *Por considerar de cierto interés la carta que se acaba de comentar, la incluyo en apéndice. Dicha carta no aparece publicada en el libro de Raúl Porras Barrenechea,* Cartas del Perú (1524-1543) *(Lima, Sociedad de Bibliófilos Peruanos, 1959).*

[33] *Víctor Frankl,* art. cit., *pág. 478; se expone ahí el distinto uso que Hernán Cortés hizo de ambas acepciones de la palabra «tirano». No obstante lo dicho, hay que recordar que el vocablo «tirano» se hizo proverbial referido a Gonzalo Pizarro, cfr. Rosa Arciniega,* Dos rebeldes españoles en el Perú. Gonzalo Pizarro y Lope de Aguirre *(Buenos Aires, ed. Sudamericana, 1946), pág. 80.*

[34] *Sobre este prelado* vid. *Santiago Francia Lorenzo,* Palencia en América, *I (Palencia, Caja de Ahorros, 1989), págs. 40-49; Eufemio Lorenzo Sanz, «Palentinos en el nacimiento y formación de América»,* Actas del I Congreso de Historia de Palencia, *IV (Palencia, Diputación, 1987), pág. 462; Millán Bravo Lozano, Carolina Rodrigo Aragón, Alicia Calleja García, «La inscripción-epitafio latino de la iglesia de la Magdalena de Valladolid en memoria del obispo de Palencia don Pedro de Lagasca»,* ibíd., *pág. 93-101; y Juan Cristóbal Calvete de Estrella,* Vida de don Pedro Gasca, BAE, *tomos 167 y 168.*

Arcediano le dedica. Siete son los apartados en que Fernández de Madrid divide el relato de los hechos peruanos del licenciado Lagasca; destacan en toda esta narración dos aspectos esenciales: en primer lugar, la pacificación y luego, el orden que Lagasca impuso en las finanzas. El apartado inicial informa de la rebelión de Gonzalo Pizarro con la toma del poder en Perú, Panamá, Nombre de Dios y muerte del Virrey Blasco Núñez Vela; en este sentido, es preciso recordar que el significado profundo de lo que se ha denominado como «movimiento pizarrista» se hallaba «en la difícil transferencia de poderes de los conquistadores a los civiles, nombrados por el emperador y que dependían totalmente de él»[35]. Acto seguido se anotan las diligencias emprendidas por Carlos V considerando «la gran pérdida que le venía en perder una tierra tan grande y tan rica» (pág. 571).

En el segundo apartado se anota la elección del licenciado Lagasca como persona idónea para negociar con Pizarro, pues, según dice el Arcediano, los consejeros imperiales opinaban «que si por negociación no se había, que no se podía hacer con fuerza alguna de armas» (pág. 571); es significativo del temperamento de Lagasca el hecho de que no consintió en ir a América hasta que no se le dieron los poderes que él pedía, los cuales, según el Arcediano, «contenían para paz y para guerra todo el poder que Su Magestad en las Indias tenía» (pág. 571); esto ha hecho que se pueda comentar que Lagasca quería

> poderes absolutos para hacer y deshacer, incluso para enviar al Virrey a España si así lo juzgase conveniente y para gastar de la Hacienda todo lo necesario para lograr la pacificación[36].

El tercer parágrafo narra la llegada a tierra americana en junio de 1546 y los hechos decisivos que llevarían a conseguir la paz en el Perú. Todo el tono de la narración es de panegírico de la figura del licenciado Lagasca; por ejemplo, se dice que la ciudad de Nombre de Dios estaba tomada por hombres afectos a Diego Pizarro, sin embargo, Pedro Lagasca «sin ningún temor se metió en aquella villa y de allí pasó a Panamá» (pág. 571). Se exponen acto seguido sus hábiles dotes negociadoras con los sublevados panameños:

> Comenzó a tratar y dar y tomar con ellos y conversallos tan benigna y amorosamente que le comenzaron todos a amar y a conversalle y a comer con él muy sin recelo (pág. 571)[37].

Tras esto se registra que, secretamente, el licenciado Lagasca escribía a los sublevados peruanos para «inclinarlos a apartarles de la rebelión» (pág. 571), razón por la cual Pizarro y sus allegados «a religiosos y a clérigos sacerdotes y otras personas mataron y atormentaron y hizieron otros males» (pág. 571)[38]. Ofrece interés la información que da el Arcediano so-

[35] *Bartolomé Bennassar,* op. cit., *pág. 240.*

[36] *Santiago Francia Lorenzo,* op. cit., *pág. 43; Francia sigue, en este punto, el relato del cronista palentino Diego Fernández,* Primera y segunda parte de la historia del Perú.

[37] *A propósito de Lagasca, Rosa Arciniega ha dicho que «hacía de su dialéctica el arma más formidable, inesquivable y mortal»* (op. cit., *pág. 159).*

[38] *Sobre el envío de cartas mediante religiosos y el castigo y muerte que algunos de estos sufrieron, especialmente a manos de Francisco de Carvajal, «el demonio de los Andes»,* vid. *Marcel Bataillon, «Les colons du Pérou contre Charles Quint: analyse du mouvement pizarriste (1544-1548)»,* Annuaire du Collège de France, *LXII (1962), pág. 456 y Rosa Arciniega,* op. cit., *págs. 159 y ss. Sobre este punto concluye Bataillon: «Pues si hubo entre los pizarristas frailes arcabuceros (eran de la Merced) y si odiaban a los frailes misioneros (especialmente dominicos) tratándolos en ocasiones con las sevicias reservadas por ellos a los traidores y sospechosos, no llegaron a matar sino a un fraile y un sacerdote ahorcándolos como combatientes despojados de carácter sacerdotal» en «Interés hispánico del movimiento pizarrista»,* Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas *(Dolphin Book, Oxford, 1964), pág. 48.*

bre la clase de promesas que Lagasca hacía a los sublevados con el fin de ganarse su voluntad; en este sentido, además de asegurarles el perdón del emperador Carlos V, les hablaba de cómo éste «era servido de dexallos sus indios como antes de la rebelión los tenían» (pág. 572); con lo cual se está aludiendo casi imperceptiblemente al sistema colonizador de la *encomienda* que, a pesar de la prohibición de la esclavitud de los indios por las *Leyes Nuevas* de 1542, «llegó a asumir características que lo hicieron a veces muy difícil de distinguir de la proscrita esclavitud»[39]; nótese, además, que todo el «movimiento pizarrista» fue, entre otras cosas, «la expresión de una revuelta contra las Leyes Nuevas»[40]. Sigue anotando el Arcediano que las promesas eran falsas, encaminadas a «quitalles de la dicha inclinación que tenían al tirano Pizarro, y atraellos a que acudiesen a la voz de su rey» (pág. 572). Tras indicarse cómo Lagasca consiguió hacer de su bando la armada apostada en Nicaragua y Nueva España, cuyos efectivos se detallan, se anota su navegación rumbo a las costas peruanas, su desembarco en Túmbez y su marcha final hasta las proximidades de Cuzco donde el 8 de abril de 1548 «Gonzalo Pizarro y los suyos salieron a darle la batalla» (pág. 572).

De la victoria de Lagasca y de las diligencias que emprendió acto seguido se habla en el cuarto apartado. Respecto del combate final indica el Arcediano que el licenciado Lagasca «tuvo tan buena ventura, que con sola muerte de diez y siete hombres, desbarató al dicho Gonzalo Pizarro» (pág. 572), visión del combate que coincide con lo que sobre él se ha escrito: «la batalla en Xaquixaguana apenas fue una escaramuza»[41]. Tras esto se consigna el ajusticiamiento de Pizarro y de cuarenta y ocho de sus seguidores y los castigos impuestos a varios cientos de rebeldes. Se anota después que Lagasca, por la dilación en proceder a un nuevo reparto de poderes, «ovo hazienda de que, sin tocar a la del rey, pagó toda la costa de la guerra» (pág. 573).

Del quinto apartado, muy breve y dedicado a las finanzas, destaca la noticia del reparto de ciertas cantidades «a aquellos que abían servido y no les abían podido caber indios» (pág. 573), de lo cual puede deducirse que la victoria de la Corona supuso un golpe para los encomenderos que, como se acaba de ver, quedaron sin indios; así lo ha indicado Claudio Véliz: «En cuanto a la misma encomienda, el fracaso del desafío pizarrista provocó su decadencia irreversible»[42]; de este modo, el relato del Arcediano pondría de manifiesto un momento de éxito de la campaña que, en 1510, iniciaron los dominicos a favor de la abolición de la encomienda y que fue continuada, por los años en que escribía Fernández de Madrid, con ardiente celo por el padre Las Casas[43].

[39] *J.H. Elliott,* La España imperial, *pág. 69; sobre el sistema de la encomienda y la polémica que generó, cfr. ahí las págs. 65-75.*

[40] *Bartolomé Bennassar,* op. cit., *pág. 240.*

[41] Ibíd., *pág. 246. A propósito de lo ocurrido en Xaquixaguana Rosa Arciniega ha escrito: «No era aquello una batalla, ni siquiera una derrota. Era, pura y simplemente, una fuga en masa, el abandono de un jefe realizado al unísono por una hueste que no deseaba combatir»* (op. cit., *pág. 245).*

[42] *Claudio Véliz,* La tradición centralista en América Latina *(Barcelona, Ariel, 1984), pág. 75; cfr. además, J.H. Elliott,* La España imperial, *pág. 73. El sistema de la encomienda desagradaba a la Corona no sólo por razones humanitarias, sino también porque limitaba el control de los territorios americanos, pues «existían afinidades naturales entre la encomienda y el feudo y se corría el peligro de que los encomenderos llegaran a convertirse en una poderosa casta hereditaria»* (ibíd., *pág. 74).*

[43] *Es significativo que de Bartolomé de las Casas en la* Silva *no haya ni una sola mención; nótese, además, que la famosa polémica con Juan Ginés de Sepúlveda se desarrolló en 1550 en Valladolid, y es raro que no llegasen los ecos de la confrontación a la cercana Palencia en que vivía el Arcediano.*

El sexto apartado cuenta el restablecimiento de los órganos de poder y los preparativos para volver a España, que se vieron truncados por una nueva revuelta: la de los hermanos Contreras que tenían tomadas Nicaragua y Panamá[44]. En el séptimo parágrafo se consigna la victoria de Lagasca sobre los nuevos rebeldes obtenida según el Arcediano gracias a los designios de la Providencia: «Mas como Nuestro Señor guiaba las cosas de este señor, aquellos traidores hicieron tan mala jornada que fueron desbaratados» (pág. 574); se habla del regreso a España, en 1550, y de su desembarco en Sevilla cargado con enormes riquezas para el emperador[45]. En elogio del licenciado Lagasca y de su austeridad y falta de ambición de bienes materiales se indica, hiperbólicamente, que «quando llegó a Sevilla no pudiera comprar del oro y plata que traya, valor de medio real» (pág. 575)[46].

La siguiente noticia americana registrada por el Arcediano del Alcor en su miscelánea se encuentra en las páginas inéditas de la *Silva palentina*[47] y se refiere a la llegada a Sevilla en 1556 de una flota procedente de Perú y otra de México cargadas con «siete millones de ducados a su valor en oro y plata» (fol. 495 v.). Nótese que, como han indicado los estudiosos del comercio con las Indias, es precisamente en el decenio 1551-1560 cuando se encuentra el máximo de importación de oro americano a la Península[48]. Indica además el Arcediano que, con el desembarco, «han alçado cabeza los mercaderes que tenían allá contratación» (fol. 496), con lo cual es patente que el canónigo palentino tenía conciencia «de la conexión financiera entre España y las Indias»[49]. Se concluye este apartado con la observación de que gracias a tan abundantes ingresos «se espera remediarse

[44] *Sobre este aspecto cfr. Marcel Bataillon, «La rebelión pizarriste, enfantement de l'Amérique espagnole», Diogène, n.º 43 (julio-septiembre, 1963), págs. 57; se indica ahí que «les rebelles avaient dès le début mesuré l'importance stratégique de l'isthme».*

[45] *Marcel Bataillon ha indicado, a propósito de la armada en la que Lagasca volvió a España, que se trataba «du plus grand convoi de métal précieux arrivé jusq'alors en Europe» («Les colons du Pérou...» pág. 450).*

[46] *A propósito de los elogios que el Arcediano dispensa a Pedro Lagasca indica Santiago Francia que el autor de la* Silva *habla siempre «dada la cercanía del personaje y su condición de obispo de Palencia, en tono de panegírico» (op. cit., pág. 43). Además de que es el propio obispo quien informa de su vida al Arcediano: «Certifica cómo el mesmo señor obispo que...» (pág. 574).*

[47] *Como he indicado en otro lugar la edición de la* Silva *es incompleta; tomamos los datos que siguen del manuscrito de la* Silva *conservado en la Biblioteca Nacional de Madrid, signatura Ms. 1922; las páginas inéditas forman un apéndice en nuestra tesis doctoral sobre el Arcediano del Alcor y la* Silva palentina; vid., *en fin, nuestro «Noticia de unas páginas inéditas de la* Silva palentina», Actas del II Congreso de Historia de Palencia, *IV (Palencia, Diputación, 1990), págs. 667-674.*

[48] *Cfr. Manuel Tuñón de Lara,* op. cit., *pág. 70. Conviene recordar que «entre 1521 y 1544, las minas de los territorios hereditarios de los Habsburgo producían casi cuatro veces más plata que toda América. Estas cifras no se invirtieron hasta los últimos años del reinado de Carlos, entre 1545 y el final de la década de 1550» (J.H. Elliott,* El Viejo Mundo, *pág. 108).*

[49] *John Lynch,* España bajo los Austrias, *I (Barcelona, Península, 1982), pág. 221; para lo concerniente a las relaciones comerciales entre España y América* vid., *págs. 170-179 y 205-230.*

mucho la neçessidad de estos reinos» (fol. 496 v.), en más que probable alusión a las malas cosechas y a las negativas consecuençias producidas por el fenómeno conocido con el nombre de «revolución de los precios» estrechamente relacionado, al parecer, con el tesoro americano[50].

Otra anotación de las Indias que se encuentra en la *Silva palentina* aparece en una relación de veintiún sucesos venturosos ocurridos al emperador Carlos V. En el lugar décimonoveno se anota la conquista de Perú, territorio al cual se refiere el Arcediano con estas palabras: «diçen ser aquella tierra la más fértil de todas cossas que se a descubierto» (fol. 508 v.). Y, finalmente, tras esos veintiún sucesos venturosos, vuelve Fernández de Madrid a insistir en la importancia económica que tuvo la conquista de México y de Perú no sólo para el emperador, sino también para buen número de mercaderes «que allá tienen contratação y se han hecho riquísimos» (fol. 509 v). Así, con una palabra que emblemáticamente alude a un aspecto esencial de lo que supuso para España el descubrimiento del Nuevo Mundo, se dan fin en la *Silva palentina* a las noticias de las Indias.

Concluyendo, se ha visto cómo el Arcediano del Alcor iba dando cuenta en su miscelánea de las noticias americanas que llegaban a su conocimiento. El suceso del descubrimiento hace mover la pluma del canónigo palentino que empezará por referirse a Colón y sus primeros viajes para acabar contando las llegadas al puerto sevillano de las flotas cargadas con el oro de las Indias; de este modo, se abarca un espacio de tiempo de la historia de América que comprendería desde el año 1492 hasta el de 1556. De entre los hechos americanos de este período histórico que se encuentran en la *Silva palentina,* puede destacarse la fundación de las primeras ciudades y los momentos iniciales de la evangelización, acontecimientos que aparecerán mezclados con observaciones en tono negativo acerca de las costumbres de los indios y con alusiones encomiásticas a la tierra y a los frutos americanos, descritos ambos con el asombro que produce lo maravilloso. Mención aparte merecen las figuras de conquistadores como Hernán Cortés y Francisco Pizarro y sus hermanos, presentadas con luces y sombras, especialmente Gonzalo Pizarro quien, rebelado contra el emperador, será protagonista de las guerras civiles peruanas, en el origen de las cuales, como indirectamente se apunta en la *Silva,* se encuentra la polémica institución colonial de la encomienda. Y, por fin, menudean en la miscelánea del Arcediano del Alcor las alusiones a la riqueza de las tierras americanas, sobre todo en metales preciosos como el oro y la plata; destaca en este punto por su primacía indiscutible el territorio peruano; de la inmensa riqueza de sus minas y de la fertilidad de su suelo se harán eco tanto el Arcediano como el anónimo escritor de la carta. Además, la mención del tesoro americano irá acompañada, obviamente, de la referencia a su impor-

[50] *Sobre la revolución de los precios cfr. John Lynch,* op. cit., *págs. 170-179 y Henry Kamen,* op. cit., *págs. 165-186. El Arcediano es consciente de la subida de precios; así, dice en 1557 «no sólo para doblar el precio, sino quatro doblarse» (fol. 512).*

tación a la metrópoli en cantidades nunca vistas hasta entonces. De este modo, la *Silva palentina* proporciona unos datos sobre las tierras de Indias interesantes por lo novedoso para el hombre del siglo XVI, cumpliendo así con uno de los cometidos que entonces se asignaba a la literatura miscelánea como era el de ofrecer información al público lector; además de esto, manifiesta el Arcediano del Alcor unas opiniones sobre los indios americanos, la riqueza de las Indias o los sucesos peruanos coincidentes con la línea de pensamiento más extendida en aquella época.

Luis Antonio Arroyo Rodríguez

Apéndice*

Partidos de Panamá, anduvimos quatro meses por la mar, y plugo a Dios que, mediado mayo, aportamos a esta Ciudad de los Reyes, que es en la provincia del Perú, donde era nuestro derecho camino. La tierra nos ha parecido muy buena, y tal, que hace ventaja a esa; bien ssé que allá se tiene noticia particular de las cossas della, pero porque no parezca que, escribiendo hombre de Yndias e de tan lejana tierra, escribía breve, diré algunas cossas por ocupar el papel, y es que es muy abundante de todos los mantenimientos que son necessarios para pasar la vida; porque en ella se coxe maíz, que es de donde se ace el pan en estas partes, lo qual es muy diferente de lo de trigo, pero muy más sabroso, e de más mantenimiento; cóxesse en tal abundancia, que podría bastecerse dello otras dos partes de la tierra, tan grandes como ésta, aunque ésta es bien larga. De este grano de maíz, que después de molido queda echo arina, acen los yndios demás de pan, chucha, que es un brebaxe en lugar de vino, y hacen muy buen vinagre, e aceite y miel, que es cossa que si no se ve, no se puede creer; y ansí mismo ay obejas e carneros, que son tan grandes como el ganado de allá, y son de forma y proporción de camellos; es muy sabrosa y sana carne y estos animales son domésticos, que dellos se sirven cargándolos como en España de machos y otras vestias. Ay gallina de la nación de las de allá y son tantas que quitan el sol; ay muchos benados y otros géneros de caça y abes en mucha abundancia. De pocos días a esta parte se an dado a sembrar trigo de lo de Castilla, y dasse tan abundossamente que de una anega sse a visto coxer C°XX; y por este consiguiente sse dan todas las cossas que de allá

* *Alonso Fernández de Madrid, Arcediano del Alcor,* Silva palentina, *ed. de Jesús San Martín Payo (Palencia, Diputación, 1976), págs. 540-542.*

se traen e siembran en esta tierra. Ay muchas maneras de frutas y muy excelentes y todas ellas diferenciadas de las que allá ay. Lo principal, que en ninguna parte se dan a buscar minas de oro y plata, que no sse allen muy rricas, ansí que en verdad esta tierra es la mejor que ay en el mundo, ssino que las passiones de los gobernadores della la tienen destruida, y a toda la gente que en ella reside. Es tierra sanísima, que en muchos años muere un español de dolencia, y tiene la calidad de lo que se cuenta de la de Egipto, que no sse a visto ni ve llover desde que el mundo es mundo, sino que del agua que vaxa de unas sierras muy altas, sse acen rríos caudales de los que los yndios sacan azequias con que rriegan la tierra. E anssí jamás en estas tierras se a visto hanbre, ni pestilencia, ni el comer cuesta un solo maravedí, ssino que, donde quiera que un español llega la proveen muy abundossamente de lo que a menester, y de servicio. Otras muchas grandeças podría decir de estas partes, que dexo por no ser prolixo.